

NORMA LINGÜÍSTICA Y COMICIDAD EN ELENA FORTÚN

Miguel Ángel DE LA FUENTE
GONZÁLEZ



TENIENDO en cuenta el problema de la adquisición de la norma lingüística por parte del niño, y sus relaciones con la comicidad verbal, tan querida y utilizada por Elena Fortún, hemos hecho la lectura de cinco de sus obras¹ y hemos sacado algunas observaciones al respecto.

Pero, antes de meternos de lleno en materia, comentaremos brevemente dos puntos previos.

a) Relaciones entre norma y comicidad

La norma, lingüística o de cualquier tipo, mantiene estrechas relaciones con la comicidad: por su origen y por su finalidad.

Ambas, normas y comicidad, tienen un mismo origen: la sociedad. La norma dimana del grupo, y el grupo es quien dicta lo que es cómico. Afirma Bergson: «Nuestra risa es siempre la risa de un grupo».²

Ambas también inciden sobre el individuo, son antiindividualistas en cierto modo. La sociedad busca el bien común, del grupo, o quizás la cohesión como un bien. La risa tiene como objeto prevenir y corregir la desviación del individuo o el peligro de recluirse «en su propio carácter como en una torre de marfil». ³

Norma y comicidad, diremos por último, son interdependientes: la norma sirve con frecuencia de base para que surja la comicidad; la comicidad, por su parte, contribuye al cumplimiento de la norma.

b) El lenguaje infantil en la obra de Elena Fortún

Aunque atenta observadora de la infancia, Elena Fortún no deja de ser recreadora y creadora, por lo que no pensemos en una reproducción fidedigna al cien por cien del lenguaje infantil, sino en pinceladas más o menos ocasionales y quizás oportunistas.

Hechas estas aclaraciones, examinaremos la transgresión de la norma y la comicidad en diversos campos: fonético, morfosintáctico, semántico y pragmático, teniendo que renunciar por falta de espacio al comentario detallado de ciertas variedades lingüísticas sociales o regionales, que también se ven como desviaciones de la norma y como causantes de hilaridad.

1. TRANSGRESIONES A LA NORMA FONÉTICA

También por falta de espacio, y por considerarlos de menor importancia, renunciamos a detallar los problemas fonéticos de los personajes que rondan los cinco años, Pili y Miss Fly. Se trata fundamentalmente de problemas de diptongación (como **o** por **ue**, o **e** por **ie**), o simplificaciones de grupos consonánticos (como en los casos de **ota** por **otra**, **abe** por **abre**, etc.).

Además, y pasando ya al terreno de la comicidad, estos fenómenos suelen despertar cierta ternura, y quizás se consideren, más que como desviaciones de la norma, como esfuerzos por conquistarla.

Centrándonos ya en niños que rondan los ocho años, veremos dos fenómenos: la creación de homónimos y el ceceo.

1.1 Creación de homónimos

La creación de homónimos tendría como base ciertos parónimos, y el mecanismo sería el siguiente: un significante más o menos extraño y que no encuentra en la mente infantil un significado resulta atraído y absorbido por otro significante con el que el niño sí está familiarizado, produciendo un

significado más o menos aceptable, aunque cómico para el lector. Se trata de un fenómeno no muy alejado, a veces, de la etimología popular.

Observamos diversos mecanismos para crear estos homónimos.

Adición de fonemas: burra (sust.) por hurra (interj.).

«¡Burra, burra, cosacos del desierto, burra!» (CYP, 200).

Supresión de fonema con valor silábico: “posiciones” por “oposiciones”: «Ha dicho que ha ganado las *posiciones*...» (CYSP, 97).

Modificación de fonemas: “pavada” por “pavana”: «¡Yo no quiero bailar esa *pavada*!» (CCA, 135). Se trata de un caso claro de etimología popular, cuando aclara después: «Que no soy un pavo...» (CCA, 138). Un caso en que se ven afectadas todas las sílabas pretónicas es el de «querubines» por «del-fines» (TMK, 116).

1.2 El ceceo

El ceceo será un rasgo característico de uno de los protagonistas femeninos de E. Fortún: Matonkiki. Al respecto merecen comentario varios puntos.

a) Su tradicionalidad

Afirma Tomás Navarro Tomás:

«El teatro y la novela suelen utilizar el ceceo como recurso cómico, presentándole con el carácter de rudo dialectalismo o como una chocante anomalía». ⁴

b) Su persistencia

Se trata de un rasgo constante en este personaje. En los dos libros que protagoniza, sólo se suprime en dos circunstancias: en los escritos —generalmente, excepto en los apuntes que toma en los ejercicios espirituales (MKSH, 175)—, y cuando emplea la palabra inglesa *swaeter* (TMK, 33), cuya adaptación fonética “zuéter” sería de esperar.

c) Su aprovechamiento cómico

La persistencia del ceceo a lo largo de los dos libros tiene que aminorar, si no anular, su carácter cómico, aunque una lectura por capítulos, espaciada en el tiempo, podría contribuir a mantener la frescura y eficacia de este recurso.

Por otra parte, la eliminación de la diferencia s/z podría muy bien haberla aprovechado E. Fortún para crear ciertos equívocos, lo que no sucede. Únicamente hemos encontrado un caso en que sirve para metamorfosar un nombre propio en insulto:

Susie / Susi / Zuzi / zucia / zuzia.

«Te llamas Zuzia, ¡Zuzia! ¡La chica zucia, puerca, gorrina!...» (MKSH, 112).

d) Su justificación como comicidad

Al tratarse, en el caso de Matonkikí, de un ceceo motivado por defecto físico, Elena Fortún tiene que justificar, hacer menos reprobable, la comicidad que pueda desatar con este recurso.

Y esto se logrará presentándonos a Matonkikí como un personaje negativo al que sólo veremos ciertas intenciones de cambio, lógicamente, en vísperas de su primera comunión.

Este carácter negativo está presente ya en los prólogos mismos, donde se reproduce la clásica relación entre lo moral y lo físico. «No es posible ser mala y ser guapa» (TMK, 7), afirma la autora.

En lo físico se nos presenta a Matonkikí como un personaje un tanto esperpéntico por sus gestos con ojos, nariz y boca. En lo moral, su conducta deja mucho que desear: travesuras, agresividad a la que no escapan humanos ni animales, mentiras, cierto cinismo, etc.

El ilustrador, R. Fuente, también contribuye al presentarnos una Matonkikí con un pelo rebelde y moreno (sus hermanitas siempre tan rubias y bien peinadas), con muecas y bizquera permanente, rasgos casi mongólicos, y con movimientos y dinámica poco adecuados al recato del vestuario femenino.

Todo lo observado hasta aquí parece tener como finalidad, además de la de crear una antiheroína, producir ese distanciamiento humano sin el que, según Bergson, la comicidad no surgiría.

Es necesario apuntar aquí la opinión tan generalizada de la existencia de una relación, aunque no sea fácil afirmar si de causa o efecto, entre los trastornos lingüísticos y los problemas afectivos y de conducta.

Aunque el ceceo de Matonkikí sea de origen fisiológico, no conviene olvidar sus consecuencias en el plano de la conducta. Todos compartimos la opinión de J. A. Rondal cuando afirma:

«Es poco valorizante, en nuestra sociedad, no expresarse con una soltura comparable a la de los otros, y de ahí provienen los sentimientos de inferioridad y los problemas emocionales».⁵

Pero la comicidad no es reflexiva, sino lo contrario. Trastorno lingüístico – trastorno afectivo – trastorno de la conducta: una posible clave para este personaje en el que la comicidad hace fácil presa.

2. TRANSGRESIONES MORFOSINTÁCTICAS

En el campo de la morfosintaxis, dos son los aspectos que E. Fortún aprovecha preferentemente: la conjugación y la gradación del adjetivo.

a) La conjugación

Lo que en este apartado nos presenta la autora son las clásicas transgresiones originadas por analogía. Entre ellas, "sabo" por "sé" (CYSP, 119, 180 y 188), "dícemelo" por "dímelo" (CYSP, 119), o los consabidos participios "morido" (MKSH, 21), "rompidos" (CYSP, 129), etc.

Todos los casos anteriores se dan en niños de edad inferior a los 5 años, normalmente.

Ángel Rosenblat, a propósito de la conjugación, comenta las dos fuerzas contrapuestas que actúan al respecto:

«La analogía es una fuerza tiránica e igualatoria, es la fuerza de gravitación del sistema. Frente a ella la anomalía representa un principio de diferenciación, de asimetría, de variedad, de libertad individual».⁶

Obsérvese que es la llamada "anomalía" precisamente la que se ha impuesto como "norma" en los casos de ciertos imperativos y participios, utilizados no sólo en las hablas vulgares sino también entre nuestros autores clásicos. Es decir, que en estos casos la comicidad se ha puesto en contra de la tendencia mayoritaria y ha favorecido lo minoritario, aureolado por el prestigio lingüístico con base etimológica.

Para Bergson, la risa no sólo tiene como fin el evitar las disidencias individualistas, sino también impedir la automatización. Y no cabe duda de que la analogía supone cierta automatización lingüística.

b) La gradación del adjetivo

En este caso los valores expresivos y enfáticos se imponen a la norma, más comedida y austera.

El afán hiperbólico infantil, fruto de la sorpresa o del deseo de atraer la atención, se traduce en una sobrecarga de recursos en la gradación del adjetivo. Estos recursos serían fundamentalmente:

1. El empleo del super-superlativo, valga la expresión, que respondería al esquema: MUY + adjetivo + -ÍSIMO:

«Un jarabe muy riquísimo» (CCA, 44).

2. El comparativo-superlativo, que responde al esquema: MÁS + adjetivo + -ISIMO + QUE...

«Es más guapísima que la señora del gobernador...» (CYP, 41).

3. El super-superlativo relativo, que básicamente sería: Artíc. + MÁS + Adj. + -ISIMO:

«¡Vaya reina! ¡De lo más guapísima!» (CYP, 134).

«Celia es la más bonísima de todos...» (CYP, 198).

Refiriéndose a estos esquemas y a los ponderativos con adjetivos en superlativo, que también abundan en los textos de Elena Fortún, Rafael Seco afirma:

«Ninguna de estas ponderaciones afectivas se suele considerar correcta en la lengua escrita, aunque se admite un *sumamente* grande, que no es más lógico que aquéllas». ⁷

Hay que observar que este tipo de expresiones no aparecen marcadas gráficamente en los textos (no van entre comillas ni en cursiva), como se ha hecho con otras transgresiones a la norma. ¿Motivo? Seguramente la autora lo considera admisible como rasgo estilístico infantil ya que incluso, como afirma Rafael Seco, se trata de un fenómeno frecuente en el habla coloquial, «y no sólo entre el pueblo precisamente».

Otros fenómenos más o menos esporádicos y cuestionables se dan en los ejemplos que siguen:

«Y yo tengo un tío que es más médico que tu primo» (CC, 55).

«¡Ladrón, ladronísimo del todo!» (CYP, 154).

«—¡Un toro vale mucho! Más de mil duros vale.

—Pues decimos que vale “muchazos” mil duros...» (CCA, 172).

También aparecen casos de “más malo” por “peor” (MKSH, 88, 177).

c) Otras transgresiones morfosintácticas

Es frecuente encontrar el calco de estructura:

Pregunta: ¿Por qué...? Respuesta: Porque sí.

¿Para qué...? Respuesta: Para que sí.

Sabido es que finalidad y causa a veces resultan difíciles de separar, y ello sería más frecuente en el niño, lo que favorece el calco que hemos mencionado.

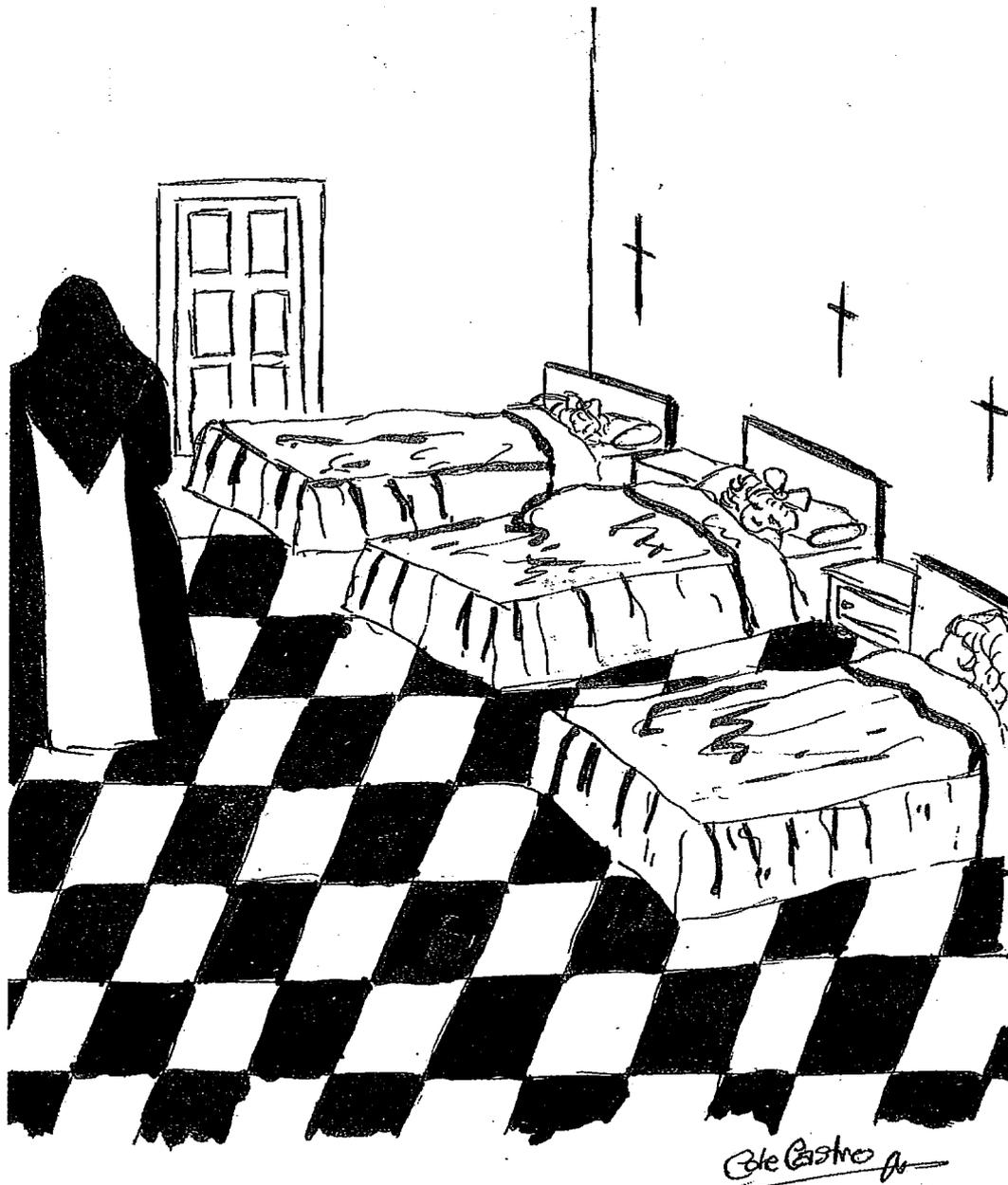
Otros ejemplos esporádicos de diversos tipos de transgresión:

«Usted, salvaje, y usted, “salvaja”, bailarán la danza moviendo las cañas y cantando...» (CCA, 26).

«Despues de yo» (CCA, 201).

«—¿Os habéis aburrido mucho?

—Ni siquiera nada —dijo Cuchifritín.» (CYSP, 130).



TRANSGRESIONES SEMÁNTICAS

Seguramente se trata del aspecto más explotado por E. Fortún como recurso de comicidad verbal, lo que es, por otra parte, también muy frecuente en la comicidad del mundo de los adultos.

Pasamos a mencionarlos en diversos apartados.

a) Interpretaciones erróneas de la polisemia

No entraremos en ellos con detalle por tratarse de algo bastante frecuente. Solamente mencionaremos, por ejemplo, los casos en que una palabra posee significados en planos diversos como “tener”, posesión física y moral. A Cuchifritín le preguntan cuántos años tiene:

«—¿Dónde los tengo, Celia? Dime: ¿dónde los tengo? ¿Los tiene mamá guardados? ¿Quién los tiene?» (CCA, 20).

b) Interpretaciones erróneas de metáforas lexicalizadas

Es frecuente que el niño interprete al pie de la letra frases hechas y metáforas lexicalizadas, con lo que surgen significados o situaciones más o menos absurdos.

En cierta ocasión, doña Remedios quiere regalar un gato a la familia de Cuchifritín, y se plantea el problema: ¿cuál?

«—El más bonito es el negro con corbata, y es el que os llevaréis —decía Remedios.

Y Cuchifritín no comprendía por qué había de poner corbata al gato negro» (CYSP, 83).

Bergson formula el siguiente principio de la comicidad:

«En cuanto la atención se centra en la materialidad de la metáfora, la idea expresada resultará cómica» (pág. 109).

En ocasiones, siempre según Bergson, la frase hecha o la metáfora se vuelve en contra de quien la hizo, «y de este modo se le hace decir lo que no dijo y acaba por quedar envuelto en las redes del lenguaje» (pág. 104).

Un día don Tomás pide a Matonkikí una pluma, de las de escribir, se supone. La niña lo comenta con Benita, la criada, que «estaba muy ocupada en el cuarto de costura»:

«—¿Una pluma? En el gallinero las hay a docenas... Ve, pero no te pongas hecha un asco...

Matonkikí llevó a su padre una gallina cacareando.

—¡Toma! Plumaz... con gallina y todo...» (TMK, 44).

c) Modificaciones no aceptables del significante

El niño cae en ciertos errores de comprensión o producción al alterar algunos sintagmas, lo que automáticamente repercute en una modificación del significado.

Algunos casos de sustitución: “ser *una* estampa” por “ser *de buena* estampa” (CCA, 130); “nacer *en un* comercio” por “nacer *para el* comercio” (CCA, 199-200).

Un caso de supresión de elementos. Ante ciertos comentarios sobre un antepasado, una marquesa quiere presentar su árbol genealógico para aclarar malentendidos, y Cuchifritín comenta:

«—¡Está furiosa! —le dijo a Paquito—. No quiere que se diga eso de Diego Corrientes... Y de tan enfadada que está quiere traer un árbol ella sola...» (CCA, 133).

También puede resultar suprimido el núcleo del sintagma; se trata de un recurso de elipsis que tiene diversos casos ya lexicalizados y normalizados, como “capital” por “ciudad capital”. Lo que pasa es que el niño aplica este recurso por propia iniciativa, lo que no resulta aceptable.

Así, después de oír la recomendación de que tiene que comprar un regalo para su tía Lissón, «algo sin importancia, pero original», Cuchifritín habla con Matilde, una criada:

«—Tía Cecilia me ha dado un duro reluciente... ¡míralo!, y me ha dicho que compre un original. ¿Tú sabes lo que es eso?

—Hijo, no sé... Me parece que es un pecado. El pecado original...» (CCA, 11).

d) Modificaciones de frases hechas y lexicalizaciones

El niño, en su aprendizaje de una lengua, no sólo debe aprender la correcta interpretación de las frases hechas, sino también a repetirlas sin modificación alguna, de una forma exacta, ya que no está permitido alterarlas ni siquiera con sinónimos o cercanos.

«Y mi mamá tiene una sortija de agua del mar...» (CYSO, 198).

«Me parece que vais a aburriros como dos *almejas*» (CYSP, 128).

Hasta el orden de los elementos debe permanecer inalterado:

«Tengo el orden del día, y la seña y el santo» (CCA, 28).

e) Conflictos de semas

El niño recorre un largo camino en la adquisición del léxico. En palabras de J. A. Rondal:

«Los contenidos de las palabras son objeto de una larga elaboración por acumulación de partes de significación según las sucesivas experiencias del niño con el mundo que le rodea. Al final de esta evolución el sentido de las palabras utilizadas por el niño corresponderá al vocabulario adulto».⁸

Mientras ello sucede, el niño tantea el terreno con mayor o menor fortuna, adjudicando semas, por ejemplo, a palabras que no correspondan, aunque el contexto parezca favorecerlo. Veamos un caso. Matonkikí quiere saber qué es ser “discreta”:

«En seguida doña Benita se ponía a hablar de una sobrina suya. ¡Aquella sí que era discreta! ¡Qué criatura, Dios mío! No había quien le sacara una palabra del cuerpo. Era una niña que nunca se quejaba de nada, aunque tuviera muchos dolores... Se murió hace cincuenta años...

También María, la doncella, había conocido a una niña muy discreta, hija de unos señores a quienes sirvió..., pero también se había muerto ¡Era un ángel!» (TMK, 106).

Así se adjudicará al concepto de “discreto” el sema de caducidad o corta duración. Y cuando la preguntan a Matonkikí qué es ser discreta, responderá:

«—Una coza de morirze corriendo» (TMK, 108).

Otras veces no es el contexto el culpable, sino ciertos intereses que se adivinan fácilmente:

«—Puez no... No tengo notaz porque no... Ez que había muchaz niñaz y ze acabaron laz notaz... Cuando llegaron a mí ya ze habían acabado...» (TMK, 108).

Alguna vez el significado de las palabras, el conjunto de semas, se halla en una nebulosa de misterios:

«No, no; ellas no sabían que Tayín fuera un prójimo, que si lo hubieran sabido no hubieran dejado de observarle mucho para ver en qué se le notaba» (TMK, 82).

Frente a lo anterior, se advierte a veces cierta preocupación por la exactitud con redundancias manifiestas de claro matiz de ultracorrección:

«Atropelló a un gato el otro día, y lo mató del todo» (CYSP, 151).

«Los esclavos, que eran negros del todo, le ataron» (CCA, 26).

«Hay un cuadro con un ángel que tiene un peso de pesar...» (CYSP, 23).

«Para embarcarle en el barco...» (CYSP, 39).

«Todos los días hace una buena acción porque no tiene más remedio, y aunque no quiera hacerla la tiene que hacer...» (MKSH, 63).

4. TRANSGRESIONES PRAGMÁTICAS

En este apartado podríamos reproducir alguno de los frecuentes casos de la clásica indiscreción infantil, que lógicamente no faltan en la obra de E. Fortún. Sin embargo, nos limitaremos a comentar algunos casos en que está presente la relación entre lenguaje y pecado.

Cuando Pili, Fly y Matonkikí se preparan para la primera comunión, en la variada y pintoresca lista de pecados que deben evitar figuran desde no asustar al gato, hasta el hecho de no impacientarse, «ni exagerar ni mentir nada», factores estos de tipo lingüístico.

En el ejemplo que sigue, vemos cómo la humilde interrogación tomará el lugar de la fuerte oración aseverativa entre signos admirativos:

«—¿Dónde están mis calcetines? ¡Te los has puesto tú! —decía nerviosa Fly mientras se vestían.

—¡Chis! ¿No te acuerdas de que no tenemos que impacientarnos?

—Sí, sí —y toda confusa repetía suavemente—: ¿Sabes dónde están mis calcetines?» (TMK, 31).

El temor a mentir por inexactitud o exageración motivará toda una cómica acrobacia verbal de resultados nada alentadores:

«—Hoy, cuando íbamos con *Mademoisille*, por poco nos atropella un carro con tres mulas... No, no eran tres mulas, me parece que eran dos y un borrico... Cruzábamos la calle de la mano... No, no íbamos de la mano, sino que iba yo delante y Fly detrás... No, que iba detrás *Mademoisille*..., y ella dio un grito... No, me parece que el grito lo dio Fly..., o puede que yo... ¡Ay, no sé quién fue...! Pero no he mentido, ¿verdad?

—¡Si no has dicho nada, hija!» (TMK, 31-32).

5. PRESENCIA DE OTRAS VARIANTES LINGÜÍSTICAS

La norma lingüística hacia la que tienden los protagonistas de los cuentos de E. Fortún, y, seguramente, la de sus lectores más numerosos, es la que respeta la clase media burguesa.

Sin embargo, a veces aparecen muestras, más o menos caracterizadas de una forma impresionista, de otras variedades lingüísticas que se desvían de esa norma en lo fonético y morfosintáctico. Concretamente: el castellano popular de Segovia y de Madrid, la variedad montañesa y el habla de los gitanos.

Por falta de espacio, y por estar presentados de una forma nada rigurosa, no entraremos en detalles, aunque sí trataremos de darles una posible interpretación.

Ignoramos si E. Fortún nos ofrece estas muestras lingüísticas por motivos realistas, cómicos o ambos. Pero de lo que no cabe duda es de que provocan, o provocaron, la risa en sus lectores.

Si seguimos las ideas de Bergson, los motivos de la comicidad son claros, ya que estas desviaciones de la norma apuntan o significan particularismos que amenazan con posibles cismas.

«Encuétrase (la sociedad, que posee la norma mayoritaria) frente a algo que la inquieta, pero sólo a título de síntoma, apenas una amenaza, todo lo más un gesto. Y a este gesto responde con otro. La risa debe ser algo así como una especie de gesto social» (pág. 38).

Sin embargo, no siempre se trata de un gesto inocuo. Más adelante, señala Bergson «la intención implícita de humillar, y por ende de corregir, al menos en lo exterior» (pág. 125), que posee la comicidad.

6. COMICIDAD Y LITERATURA INFANTIL

Para finalizar esta rápida visión de los aspectos cómicos del lenguaje infantil en E. Fortún, queremos reproducir algunas opiniones, que compartimos, sobre comicidad y literatura infantil.

Afirma Jacqueline Held:

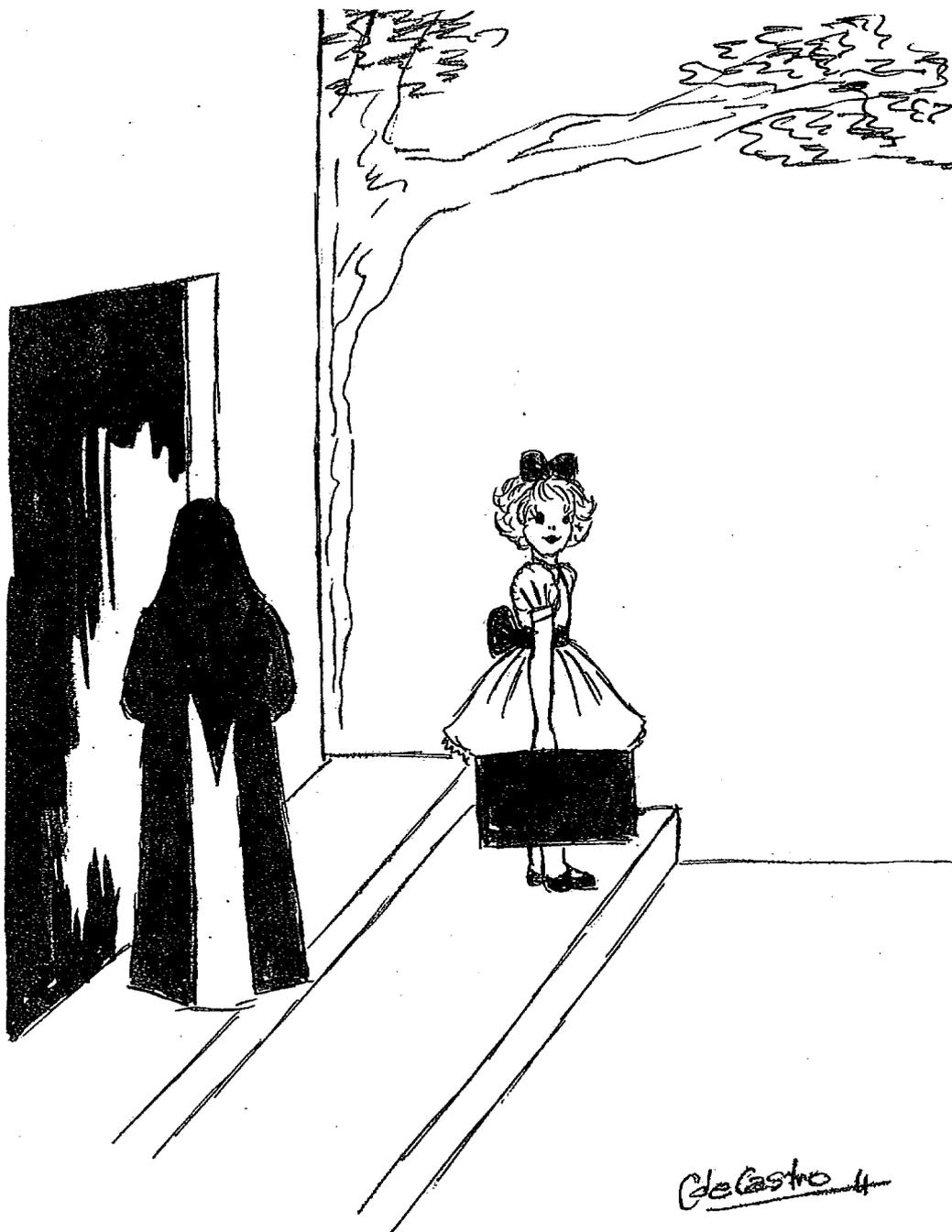
«El peligro de esclavizar el pensamiento radica, no en la fantasía, sino en toda pedagogía (y añadiríamos nosotros: o en toda literatura) que desarrolla en el niño una actitud de respeto sin previo examen personal».

El humor y la literatura humorística pueden evitar mitificaciones que a la larga resulten perjudiciales. Pero todo requiere unas medidas. Opina M. Concepción Pérez Montero:

«Estoy de acuerdo en que esta literatura humorística puede ser muy interesante para ayudar al espíritu crítico del muchacho —precisamente descubrir, comprender y aceptar la ironía es un síntoma de madurez que no todos

alcanzamos—, pero estimo que debe examinarse con sumo cuidado antes de darla a leer, porque muchas veces entraña superficialidad, grosería o sectarismo, que precisamente anquilosan las dotes críticas incipientes del lector».⁹

Quizá a alguien puedan parecerle un tanto duras y fuera de lugar estas consideraciones para finalizar un artículo sobre E. Fortún; sin embargo, nuestra mirada pretende ir un poco más lejos. Y es que la risa, como anteriormente lo fuera el fuego, es, y creemos que lo seguirá siendo, un privilegio que hemos arrancado a los dioses.



RESUMEN

Se trata de un estudio y clasificación de ciertas características del lenguaje infantil reflejado en cinco obras de E. Fortún.

Concretamente, nos fijamos en ciertas incorrecciones o infracciones a la norma lingüística, que son causa de comicidad, y las clasificamos en cuatro secciones: fonética, morfosintaxis, semántica y pragmática.

Tras un último apartado donde se estudia el tratamiento que la citada autora hace de ciertas variedades lingüísticas geográficas y étnicas, finalizamos con unas consideraciones sobre la comicidad dentro de la literatura infantil.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Relacionamos aquí las cinco obras y las siglas con las que nos referiremos a ellas cada vez que tengamos que citarlas.
Cuchifritín y sus primos (CYSP), Aguilar, Madrid, 1981.
Cuchifritín en casa de su abuelo (CCA), Aguilar, 1981.
Cuchifritín y Paquito (CYP), Aguilar, 1981.
Travesuras de Matonkikí (TMK), Aguilar, 1982.
Matonkikí y sus hermanas (MKSH), Aguilar, 1981.
- El presente artículo es una versión ampliada del comunicado presentado en el XVI Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, en Madrid, el 16 de diciembre de 1986.
- (2) En lo referente a comicidad seguimos el pensamiento que expone Henri Bergson en su obra *La risa*. Nuestras citas están sacadas de la edición de dicha obra en Ed. Sarpe, Madrid, 1984.
Esta primera cita es de la página 28.
- (3) H. Bergson, op. cit. pág. 125.
- (4) T. Navarro Tomás: *Manual de pronunciación española*, C.S.I.C., Madrid, 1961, pág. 109.
- (5) J. A. Rondal: *El desarrollo del lenguaje*, Ed. Médica y Técnica, S.A., Barcelona, 1982, pág. 91.
- (6) A. Rosenblat: *Buenas y malas palabras* (III), E. M., Caracas-Madrid, 1969, pág. 119.
- (7) Manuel Seco: *Manual de gramática española*, Aguilar, Madrid, 1971, pág. 33.
- (8) J. A. Rondal, op. cit. pág. 22.
- (9) M. C. Pérez Montero: *La formación del Lector*, en Revista *Cauce*, Univ. de Sevilla, 1985, n.º 8, págs. 172-3.
De este artículo también tomamos la cita de J. Held.